

una breve biografía de los personajes contemporáneos que aparecen citados.

Cierran el libro dos apéndices: las instrucciones del Conde-Duque de Olivares a su yerno, tomándolas de un manuscrito que se halla en la Biblioteca de la Universidad de California en Berkeley; y una carta del valido que se encuentra en un libro de Francisco Lanario y Aragón, Duque de Carpiñano, *Exemplar de la constante paciencia cristiana y política*. Los dos textos nos ayudan a comprender mejor por qué Quevedo dedicó las poesías de fray Luis a Olivares, pues en ellos el valido refleja su ideario político de raigambre neoestoica.

En definitiva, nos hallamos ante un libro interesante, pues edita y anota dos textos importantes para analizar la teoría poética de Quevedo, textos ya conocidos por los estudiosos de la obra del autor, pero para los que echábamos de menos una edición anotada que desbrozara las fuentes teóricas en las que basaba su concepción de la poesía. Hay que destacar además la importancia que tienen estos preliminares para todos aquellos que nos dedicamos al estudio del Quevedo humanista, pues aparecen aquí unidas dos importantes facetas de la labor intelectual del autor, en las que se pone de manifiesto su talante de humanista europeo de principios del siglo XVII: por una parte, la de editor, y, por otra, la de teórico de la poesía.

Victoriano RONCERO LÓPEZ

Schwartz, Lía y Antonio Carreira (coords.), *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, 361 pp.

Los notables avances que se están produciendo en el campo de las investigaciones quevedianas en las últimas décadas, que, por otra parte, evidencian la existencia de cuestiones todavía por solucionar, han favorecido la aparición de homenajes y misceláneas que recogen las nuevas propuestas de los investigadores, caracterizadas éstas por un común replanteamiento de la significación de la obra quevediana y por abordar su estudio desde nuevas perspectivas filológicas.

El caso más reciente es el homenaje coordinado por Santiago Fernández Mosquera con motivo de un doble aniversario, el de la Universidad de Santiago de Compostela y el de la muerte de Que-

vedo¹. En la línea inaugurada por este homenaje, sitúan los editores, Lía Schwartz y Antonio Carreira (p. 7 del prólogo), la nueva miscelánea dedicada a Quevedo que nos presentan: *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, cuyas aportaciones, como su título sugiere, abordan las cuestiones más candentes de la investigación quevediana desde las nuevas perspectivas filológicas e históricas que dominan en la actualidad los estudios quevedianos, en las que se resalta «la unidad de inspiración de Quevedo» y la «capacidad que tuvo de verter unas mismas preocupaciones intelectuales en obras de diverso signo» (p. 6).

Con el propósito de ahondar en estas nuevas orientaciones, los editores reúnen quince trabajos dedicados a Quevedo y su circunstancia, en los que se pretende «replantear el sentido y alcance de su legado» y «reevaluar las opiniones del hombre de acción que fue» (p. 7), para lo cual se examinan «algunos aspectos de la poesía y de la prosa literaria o doctrinal de Quevedo, de su trayectoria vital y algunos hitos de la influencia que tuvo su producción artística sobre unos pocos escritores del siglo XX» (p. 7).

El nuevo homenaje, porque homenaje es al fin y al cabo, nace, en esta ocasión, a raíz de un curso dedicado a Quevedo —«Quevedo, político y escritor: sus textos, sus contextos, su legado»— celebrado en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el verano de 1995.

El volumen, como exponen los editores en el prólogo-presentación que abre el libro, se presenta organizado en dos secciones, complementarias entre sí, dedicada la primera a la formación ideológica y la trayectoria política de Quevedo y, la segunda, a la relectura de sus textos.

El primer núcleo, «formación ideológica y trayectoria política», agrupa seis trabajos de otros tantos especialistas que se centran en aspectos de la biografía, la personalidad y la formación de Quevedo y en ver cómo éstos, unidos al contexto político e histórico, se reflejan en su obra.

Precisamente el estudio de Josette Riandière La Roche, «Aspectos de la personalidad de Quevedo: de los orígenes cantábricos a la lucha contra los franceses» (pp. 15-44), con el que comienza esta primera sección, analiza la relación entre la biografía, el carácter y la obra de nuestro escritor. La autora había ya tratado aspectos biográficos de Quevedo en *Nouveaux documents quévédiens. Une famille à Madrid au temps de Philippe II* (Paris, Publications de la Sorbonne, 1993), y en *Recherches sur la pensée politique de Francisco de Quevedo Villegas: L'homme, l'historien, le pamphlétaire* (Thèse de Doctorat, Études Ibériques et Ibéro-Américaines, Paris, Sorbonne,

¹ *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*, Santiago de Compostela, Universidad-Consorcio de Santiago, 1995. Reseña a cargo de Eva María Díaz Martínez, *La Perinola*, 1, 1997, pp. 267-72.

1993), a raíz de la aparición de dos colecciones de documentos sobre el escritor y su familia, que arrojaron nueva luz sobre los estudios biográficos de torno a Quevedo. Ahora, considerando ciertos rasgos de su personalidad y remitiéndose a sus investigaciones anteriores, dilucida algunos aspectos de su obra.

Centra su análisis en dos puntos: el interés de Quevedo por proclamar sus orígenes montañoses y su actitud hacia los franceses. Respecto al primero, apoyándose en testimonios contemporáneos de Quevedo —Íñigo López de Mendoza, Olivares—, documenta el prestigio de la Montaña como solar de nobleza auténtica. A partir de ese dato se explica el orgullo y el interés de Quevedo por manifestar tales orígenes, visible en textos como una *Carta a Doña Inés de Zúñiga* y, más explícitamente, en la «Información de nobleza» contenida en el *Expediente de Ingreso en la Orden de Santiago del Caballero Francisco de Quevedo Villegas*. Partiendo de los datos que se pueden recabar en los documentos notariales de que se dispone, en los que se certifican sus orígenes montañoses, la hispanista destaca de los antepasados de Quevedo, los padres y los abuelos paternos y maternos, su nobleza solariega y su contacto directo con la Casa Real, lo cual nos permite «cerciorarnos de la imagen histórico-social de la cual Quevedo gozó en la Montaña y, sobre todo, en la Corte» (p. 23), gracias a la fuerza evocadora de unos apellidos. Investigando sobre los datos recogidos en el *Libro Becerro*, remonta el linaje de Quevedo a tiempos anteriores a los reyes Alfonso XI y Pedro I.

En cuanto al segundo punto, Quevedo y los franceses, las consideraciones de la autora se centran en el cambio de perspectiva que se evidencia en las obras políticas del escritor a partir de 1628-1630: «de historiador de la actualidad [...] pasa a ser más propiamente libelista» (p. 29).

Finalmente, analiza la oportunidad histórica y la intencionalidad de la *Vida de Marco Bruto*, donde aborda «un problema doctrinal de crucial importancia: el de la justificación, posible o no, del tiranicidio» (p. 43). Relacionando este texto con la *Visita y anatomía* y con la *Carta a Luis XIII*, lanza la hipótesis de que los lectores a que se esté dirigiendo Quevedo no sean exclusivamente españoles, «sino también, probablemente, franceses» (p. 44). Con ello, Quevedo estaría de nuevo poniendo en duda la legitimidad del rey de Francia y la de su hermano y heredero Gastón de Orleans. Quizás de este modo, concluye la hispanista francesa, «preparase para el Rey de España y, seguidamente, para el Príncipe Baltasar Carlos, la herencia del trono de Francia» (p. 44).

A la *España defendida* dedica Pablo Jauralde su artículo «Una aventura intelectual de Quevedo, *España defendida*» (pp. 45-58), que aborda también aspectos de la personalidad de Quevedo, haciendo referencia a otra etapa de su vida, en torno a 1609, y a

otra faceta de su carácter, un joven escritor que a través de su trabajo filológico y erudito pretende «hacerse un hueco en el espinoso mundo cortesano del Madrid de comienzos de siglo» (p. 46). Nos encontramos ante «una obra filológico-política» (p. 45) de altas pretensiones que, en opinión del autor, supera la preparación de un joven y apasionado Quevedo que pretende rebatir a varias de las mayores autoridades del momento, Scalígero, Muret, el Cardenal Baronio, el geógrafo Gerardo Mercator...

Las lecturas que se deducen de los comentarios de Quevedo muestran que el joven licenciado hacía oídos sordos a prohibiciones y censuras. Rechaza Jauralde el recurso a polianteads, proponiendo que quizás Quevedo se llegó a nutrir a través de oscuros canales; se apunta también que pudo manejar «dos buenas bibliotecas: la del Condestable de Castilla, con el que coincide en Valladolid, y la del Conde de Gondomar, a la que se refiere encomiásticamente en *España defendida*». A través del análisis de «esta obrita truncada», que encuadra en el «torbellino precientificista de aquellos tiempos», considera la ideología que se deduce de los comentarios de Quevedo, que califica de un «conservadurismo a ultranza» (pp. 56-57).

Sagrario López Poza sigue en su estudio la línea que había iniciado en su aportación a *Estudios sobre Quevedo*, sobre la formación intelectual y la cultura de Quevedo², profundizando ahora en uno de los aspectos que ya anunciaba allí: «Quevedo, humanista cristiano» (pp. 59-81). Introduce su estudio realizando una necesaria y exhaustiva revisión del concepto de *humanista* —y, más específicamente, de *humanista cristiano*—, y de su evolución de acuerdo con la cambiante situación política y religiosa del momento. Delimita el concepto —propenso a adquirir un carácter anfibilógico y a manejarse de manera poco precisa, incluso en la época de Quevedo—, basándose en *El discurso de las letras humanas*, de Baltasar de Céspedes, escrito en 1600, cuando Quevedo contaba con veinte años. Siguiendo esta descripción del «perfecto Humanista», de la que nos ofrece una completa síntesis (pp. 61-64), «lo que debe saber, lo que debe practicar, qué facultades debe poseer y sus limitaciones», la autora va comprobando, punto por punto, la adecuación de Quevedo a cada una de las características definidas.

La conclusión es que, «de todos los epítetos que se le han atribuido [...], el que se ajusta más a lo que fue es el de un Humanista cristiano». En definitiva, López Poza nos muestra, de manera muy documentada, a un Quevedo impregnado de erudición libresca, autodidacta y deseoso de adquirir y mantener el respeto de una serie de intelectuales comprometidos con un cristianismo militante,

² Sagrario López Poza, «La cultura de Quevedo: cala y cata», pp. 69-104.

lo cual llevaba implícito «una postura política a la par que moral» (p. 81).

Henry Ettinghausen (pp. 83-109) nos ofrece un innovador análisis de la participación de Quevedo y la incidencia sobre su obra de dos acontecimientos históricos: el cambio de régimen de 1621 y las rebeliones de catalanes y portugueses de 1640 en «Quevedo ante dos hitos en la historia de su tiempo: el cambio de régimen de 1621 y las rebeliones de catalanes y portugueses de 1640».

El cambio de gobierno acaecido tras la muerte de Felipe III en 1621 hizo nacer entre la mayoría de los españoles extraordinarias esperanzas, de las que también participará Quevedo. En las páginas de su trabajo estudia Ettinghausen la manera en que nuestro escritor trata el acontecimiento histórico y cómo lo utiliza para su beneficio personal en los *Grandes anales de quince días*. La ilusión que se advierte en obras de ese período como el *Sueño de la Muerte* o los *Grandes anales* revela una renovada esperanza de acabar con «la pesadilla de la corrupción y del derrotismo del reinado de Felipe III» (p. 85), y contrasta con «los sentimientos y las angustias que subyacen [en] la mayor parte de los escritos juveniles de Quevedo, y hasta podría decirse de buena parte de toda su producción literaria» (p. 87). Atendiendo a su delicada situación personal, desterrado de la Corte desde hacía varios meses, Quevedo aprovecha la nueva coyuntura política para iniciar en los *Grandes anales* lo que Ettinghausen califica como «una auténtica campaña en la que [...] se hizo cargo de su propia defensa» (p. 87), para lo cual se ocupa primero de reparar la consideración pública de Osuna.

De un acontecimiento esperanzador pasa a analizar el momento crítico que se produce con las rebeliones de catalanes y portugueses de 1640. Después de veinte años de un permanente estado de guerra, estas rebeliones suponen «un golpe casi mortal» para el gobierno y «el fracaso de la estrategia política del conde-duque de Olivares» (p. 98).

Partiendo de estos acontecimientos revisa «el desarrollo de las relaciones personales y políticas entre Quevedo y Olivares» (p. 98). Y lo hace estudiando la actitud de Quevedo hacia el privado en sus escritos, desde los que tradicionalmente se han considerado más claramente olivarristas, la comedia *Cómo ha de ser el privado* y el panfleto *El chitón de las tarabillas*, hasta uno de los últimos memoriales compuestos por Quevedo, el *Panegírico a la majestad del rey nuestro señor don Felipe IV en la caída del conde-duque*, donde se celebra la destitución de Olivares, pasando por *Lince de Italia* y la recientemente descubierta *Execración contra los judíos*. En este recorrido por la evolución de la conflictiva relación entre el escritor y el valido, centra su análisis en «los dos panfletos propagandísticos» relacionados con las mencionadas rebeliones: *Descífrase el*

alevoso manifiesto y *La rebelión de Barcelona*, «destinados a contestar sendas obras de propaganda catalana y portuguesa» (p. 103).

De la repercusión de acontecimientos históricos tan señalados y de la actitud de Quevedo ante ellos, pasamos al análisis de un hecho, sólo anecdótico en apariencia, que afecta a la vida madrileña de 1633, pero que es reflejo de decisiones políticas de repercusión nacional: la aparición de unos carteles sacrílegos en una calle madrileña. De la incidencia que este hecho tuvo en la obra de dos escritores contemporáneos, Quevedo y Paravicino, se encarga Santiago Fernández Mosquera en su estudio «Quevedo y Paravicino ante unos carteles sacrílegos (Madrid, 2 de julio de 1633)» (pp. 111-31). Comienza el autor analizando detalladamente el contexto político y la tensa situación social que provoca la presencia de los asentistas portugueses, llegados a principios de siglo llamados por Olivares, y de los judíos portugueses que entraron con ellos. Contextualiza Fernández Mosquera la situación, a través de un documentado análisis, haciendo hincapié en la sucesión por estas fechas de pequeños incidentes, para nosotros anecdóticos, pero que en el momento se vivían como «auténticas desgracias» (p. 112) y provocaban graves repercusiones, entre los que se incluye la aparición de los sacrílegos carteles que llevaron a Quevedo a escribir su memorial *Execración contra los judíos* y a Paravicino a tratar el tema en sus sermones.

A partir de ahí realiza Fernández Mosquera una comparación entre el tratamiento que los dos escritores dan al tema, señalando la posibilidad de que Quevedo conociese algunos de los sermones de Paravicino, pues entre ambos se encuentran tanto pequeñas coincidencias en determinadas alusiones, como una más destacable posición ideológica común, el «rechazo del gobierno de corte mercantilista» del Conde-Duque (p. 121) y «la llamada de atención [...] sobre la situación de los judíos y la permisión que hacia ellos se mantiene» (p. 118), que adquiere un tono particularmente hiriente en los textos de Paravicino. Lo más interesante del estudio radica precisamente en la comparación de dos escritores contemporáneos y la coincidencia que de ella se concluye en su actitud ante la situación político-económica del momento. Destaca las mayores implicaciones del texto de Quevedo, que «irá mucho más allá que el sermón —o los sermones— de Paravicino» (p. 127).

Cierra esta sección un trabajo de Manuel Fernández Álvarez que continúa tratando la ideología y el protagonismo político de Quevedo desde la enriquecedora visión de un historiador, «Quevedo: protagonismo político y testimonio de una época» (pp. 133-48). Considerando algunos datos biográficos se plantea la polémica cuestión de la contradicción en Quevedo, ¿conformista o rebelde? Para reflexionar sobre ello realiza un repaso de la evolución de la situación política de España, retro trayéndose a la época de

los Reyes Católicos y de Carlos V. Tras la descripción de ese amplio marco histórico se centra en el análisis del protagonismo político de Quevedo en los virreinos de Italia, reseñando el ambiente de «merma del prestigio de la España imperial» (p. 138) que se vive en ese momento y la aparición de una literatura italiana antiespañola que apoya al partido francés. Todo ello nos ofrece un preciso panorama de los avatares políticos del momento.

Concluye su trabajo apuntando algunas de las preferencias políticas e inclinaciones ideológicas de Quevedo que se reflejan en sus textos: la admiración por el emperador Carlos V, la crítica a Felipe II, la oposición a la figura del valido; y opiniones de distinto signo, de más discutible interpretación: la supuesta desigualdad de la mujer, la esclavitud del negro o la honra, interpretándolas como manifestación de su conformismo o inconformismo. Se echa en falta una contextualización de tales testimonios con una referencia a la tradición literaria y al tipo de obras de donde son extraídos, obras que van desde una sátira a un memorial.

La segunda parte de este volumen reúne nueve trabajos consagrados, como su epígrafe indica, a analizar distintos aspectos de los textos, los contextos y los legados de Quevedo.

Alfonso Rey abre esta sección con un trabajo en el que aborda «uno de los enigmas que ha suscitado más discusiones entre los estudiosos del *Buscón*, [...] el relativo a la fecha de redacción» (p. 151), «Más sobre la fecha del *Buscón*» (pp. 151-64). En su estudio, basándose en argumentos ecdóticos y siguiendo la línea de los más recientes editores, propone posponer la fecha de revisión del *Buscón*, con lo que nos lleva a una nueva e interesante recontextualización del texto en relación a la obra satírica y a la tradición picaresca.

Comienza con un minucioso análisis de las posturas adoptadas por la crítica y los editores modernos. Un primer apartado lo dedica a aquellos que siguen la edición de 1626, texto que acaba describiendo, después de la exposición detallada de sus argumentos, como «rehecho por Quevedo, alterado por su autocensura, descuidado por los componedores». En el apartado segundo se centra en la edición de 1628, y en la tercera y última parte en una «nueva redacción con posterioridad a 1629» (p. 156). Basa su propuesta en una detallada y exhaustiva argumentación que revela una exacta lectura del texto y una precisa contextualización de la obra.

Le sigue una aportación bibliográfica de la hispanista francesa Marie Roig Miranda sobre la recepción de la sátira de Quevedo, «Las traducciones francesas de los *Sueños* de Quevedo en el siglo XVII y hasta 1812 (nota bibliográfica)» (pp. 165-212). Con su catálogo pretende completar y «poner un poco de orden» en las bibliografías ya existentes.

Antonio Carreira, en su trabajo «Quevedo en la redoma: análisis de un fenómeno criptopoético» (pp. 231-49), se encarga de analizar la recepción de Quevedo entre sus contemporáneos y la consideración de que disfrutaba como poeta. Para ello realiza, por un lado, una sistemática revisión de los poemas que pudieron circular antes de la publicación del *Parnaso* en 1648, y por otro, una valoración de las citas, referencias y significativas ausencias de Quevedo y sus poemas en disquisiciones teóricas, antologías, elogios y vituperios del momento. Se encarga de revisar consideraciones que se han dado como generalmente aceptadas, como la enemistad con Góngora; su aportación al Romancero nuevo, movimiento en el que «Quevedo, por edad, sólo está presente en la fase final» (p. 235) o la celebridad de composiciones como sus alabados bailes y jácaras. Se plantea también la precisión de considerar sin duda alguna como auténticos los poemas impresos en el *Parnaso*, que, «como se sabe, es libro póstumo. Si algún día se descubre en él un solo apócrifo, la autenticidad del resto quedará en entredicho» (pp. 239-40).

Su estudio, basado en una amplia serie de testimonios contemporáneos, le lleva a concluir que «la presencia y la fama de Quevedo como poeta en su tiempo es mucho más tardía que la del tratadista grave o la del autor de prosas festivas» (p. 48) y que «la poesía de Quevedo, dispersa y apenas difundida [...] fue casi ignorada, y su influencia, casi nula» (pp. 248-49).

Al análisis de textos poéticos se dedican cuatro trabajos: los de Peter Fröhlicher (pp. 213-29) Alessandro Martinengo (pp. 251-57), Ignacio Arellano (pp. 259-70) y Lía Schwartz (pp. 271-95).

P. Fröhlicher trata en su colaboración las «Figuras del lenguaje en la poesía de Quevedo». Para el autor, muchos de los poemas de Quevedo se presentan «como reflexiones sobre la manera adecuada de leer las figuras del mundo» (p. 213). Pone de manifiesto la importancia de la voz del poeta en los textos morales, a través de la cual «el lector adquiere la competencia de leer de una manera inédita determinados elementos del mundo y de sacar provecho de la valiosa enseñanza moral que encierran» (p. 215).

A. Martinengo, en su artículo «Ensayo de comentario a una poesía heroica de Quevedo», contextualiza y comenta a través de la anotación de versos, la silva encomiástica «Esclarecidas señas da Fortuna», explicando los pasajes difíciles y las referencias oscuras del texto. Nos da noticia, consultando las relaciones de sucesos de la época, de los hechos que ensalza Quevedo en su composición, en la que funde dos episodios: dos victorias de don Ruy Gómez da Silva, Duque de Pastrana, sobre unos bajeles de corsarios, a los que da caza, liberando, en la segunda hazaña, numerosos rehenes cristianos. Señala como curiosidad la posibilidad de interpretar el

metro como «una lisonja más para el héroe, uno de cuyos apellidos era justamente Silva» (p. 255).

«Sobre Quevedo, textos bíblicos y problemas exegéticos» es el título de la colaboración de I. Arellano, cuya preocupación por cuestiones referentes a las posibilidades interpretativas y la anotación de la poesía de Quevedo es bien conocida, como puede constatar en su extensa bibliografía. Aquí insiste de nuevo en este tema y retoma un caso de interpretación dudosa de un soneto de Quevedo que ya había planteado con anterioridad³. La intención de sus observaciones, como el propio autor señala, es la misma en ambos casos: «la defensa de una lectura de los textos quevedianos coherente con sus códigos de producción y con su marco de recepción ideológico y estilístico» (p. 259, n. 3).

El texto en cuestión es el soneto «De los misterios a los brindis llevas», para el que la quevedista Roig Miranda había postulado una significación heterodoxa —una crítica a Dios—, expresión de una libertad interpretativa de la *Biblia* que Arellano se encarga de rebatir en estas páginas, resaltando el carácter moral del soneto, que interpreta como un «ataque a una corrupción, que pone de relieve la necedad del pecador que se asusta de la advertencia mientras comete la culpa sin inmutarse» (p. 270). En definitiva, una nueva y prudente llamada de atención sobre la necesidad de no perder nunca de vista, a la hora de interpretar un texto, «los códigos vigentes que dieron lugar a la escritura de esos textos» (p. 260).

L. Schwartz, en «Las voces de poeta amante en la poesía de Quevedo», analiza la gran variedad enunciativa del yo poético de la poesía amorosa de Quevedo, estableciendo su origen en la diversidad de fuentes en que se basa. Comienza sintetizando los problemas editoriales y de ordenación del cancionero *Canta sola a Lisi*, cuyo sentido depende «no sólo de la temática desarrollada sino también de la *dispositio* escogida para ordenar los poemas» (p. 273). Considerando que «la reconstrucción histórica de la poesía amorosa de Quevedo debe basarse en el diálogo que ésta entabla con fuentes filigráficas renacentistas y con la obra misma de los poetas petrarquistas que la transmitieron» (p. 276), centra su estudio en el análisis de las claves necesarias para reconstruir los contextos literarios en que se basan estos textos: por un lado, las fuentes petrarquistas, y los predecesores españoles de Quevedo, de Garcilaso a Góngora, y, por otro, la poesía epigramática griega, los discursos elegíacos latinos, la poesía pastoril clásica e italiana y la épica, de Virgilio y Lucano a Ariosto (p. 277).

³ Ignacio Arellano, «Quevedo: lectura e interpretación. (Hacia la anotación de la poesía quevediana)», en S. Fernández Mosquera (ed.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*, Santiago de Compostela, Universidad- Consorcio de Santiago, 1995, pp. 138-41.

Cierran el volumen dos trabajos que nos hablan de un interesante aspecto, el de la influencia que ejerció Quevedo sobre la literatura posterior; dos aportaciones en las que se hace patente la complejidad que preside la recepción de nuestro poeta. La primera, de Mario Hernández, se centra en la influencia del estilo de Quevedo en Valle-Inclán, y la segunda, de José Luis Calvo Carilla, en la presencia de temas y motivos quevedianos en Alberti y Cernuda.

M. Hernández, en su trabajo «Valle-Inclán, de Darío a Quevedo» (pp. 297-342), realiza un análisis comparativo, desde el punto de vista estilístico, en el que establece los paralelismos entre dos «artistas de la palabra» (p. 341) que «mezclan lo alto y lo bajo, los vocablos del hampa con el cultismo léxico, el neologismo o la alusión erudita, sea a Virgilio o a Rubén Darío» (p. 341). Destaca en Quevedo la mayor capacidad para la crueldad y para el juego intertextual, y en Valle «el tono lírico, el brillo estético, luminoso o sombrío», que encontró en artistas como Shakespeare o Goya.

José Luis Calvo Carilla, en «Dos ejemplos de la presencia de Quevedo en Cernuda y Alberti entre 1927 y 1936» (pp. 343-61), analiza las implicaciones ideológicas de la literatura, en un momento, a la altura de 1927, en el que «ya no es posible aislar lo literario de su demoleadora carga política y revolucionaria» (p. 344). Tras el homenaje a Góngora, representante de la deshumanización y del arte puro, se inicia, ese mismo año, con el adelanto del Centenario de Goya, una atmósfera de signo contrario, que «recogerá las herencias quevedescas y esperpénticas y las tendencias expresionistas y pondrá las bases para el posterior despegue surrealista y neorromántico» (p. 345). Partiendo de estas precisiones, estudia la presencia de Quevedo en Cernuda y Alberti, con los que ilustra «los dos modelos básicos de la recepción de los clásicos áureos desde finales de los años veinte y, de modo particular, de la poesía de Quevedo» (p. 360). Destaca en Cernuda las «elecciones léxicas» y las apropiaciones de «palabras» y de «giros aprendidos por la memoria afectiva del creador moderno, en reminiscencias, diseminadas a lo largo del poema, las cuales pasan a formar parte del discurso personal, generalmente al margen del sentido y de la contextualización primigenios» (p. 360). Mientras que en Alberti encuentra que estas elecciones léxicas entroncan más íntimamente con la cosmovisión poética del autor, que dejan patente «la recepción de un Quevedo inmediato y actual» (p. 360).

La comprobación del elenco de quevedistas y especialistas que reúne la diligencia de los editores, que nos hubiera gustado ver en el índice, sería suficiente para presagiar los resultados que se constatan con la lectura de cada una de sus aportaciones. La calidad y el rigor de los trabajos, junto con las interesantes propuestas que ofrecen, hacen de esta obra un libro totalmente imprescindible

para el quevedista y el lector interesado que, a partir de ahora, quiera conocer el estado de la cuestión –a que nos referíamos al principio– de los temas abordados en sus páginas.

A pesar del indiscutible celo y rigor de sus coordinadores, no se evitan algunas erratas (p. 5: *señalado* por *señalando*; p. 20: *La primera* por *El primero*; p. 99: *colaboracionismo*' (falta o sobra una comilla); p. 134: *critica* por *crítica*; p. 140: *notaria* por *notaría*; p. 143: *tenía* por *tenía*; p. 146: *en su su* por *en su*; p. 164, n. 21: *uno sy* por *unos y otras*; p. 165, n. 2: *in* por *en*) que, de cualquier forma, no logran, ni mucho menos, desmerecer en conjunto una obra totalmente recomendable, valiosa en sus aportaciones y amena en su variedad.

Mónica Inés VARELA GESTOSO